piedra con este rótulo: *patris Ildephonsi archiepiscopi Toletani.* Añádese que fué confirmada con portentos la verdad del hallazgo, recobrando la vista ante las desenterradas reliquias un ciego de Lugo, á quien se lo había predicho el santo y aparecido por tres veces en el sepulcro de San Vicente de Ávila, de San Gerardo de Braga y de Santiago de Compostela. Cómo vinieron á parar en Zamora las augustas cenizas del doctor más insigne de la iglesia goda, salvadas sin duda de la invasión sarracena por los fieles, y cómo quedaron ignoradas durante los primeros siglos de la restauración cristiana, es cosa no fácil de explicar, ni tampoco el que junto á su tumba se encontrara al pié de un antiquísimo altar de la Virgen la del bienaventurado obispo coetáneo de Alfonso III. Unos y otros restos por temor á piadosos hurtos se depositaron nuevamente en paraje escondido, precaución que no impidió, según se dice, á un sacerdote de Toledo llevarse á su iglesia la cabeza de San Atilano pensando sustraer la del inmortal arzobispo. La devoción sin embargo tomó grandes creces, la parroquia añadió á su título de San Pedro el de San Ildefonso, principalmente desde que á últimos del siglo XV fué casi del todo reedificada á expensas del dadivoso obispo Meléndez Valdés. Abriéronse en 1427 las sagradas urnas para Juan II, en 1522 para Carlos V, en 1554 para el príncipe D. Felipe, en 1602 para Felipe III, en cuyo reinado instó con el pontífice el conde de Fuentes, gobernador de Milán, para erigir en colegiata la parroquia reservándose su patronato perpetuo y derecho de sepultura, proyecto que se frustró por obstáculos imprevistos.

De la primitiva fábrica del templo anterior al venturoso hallazgo quedan por vestigios el pequeño ábside de la epístola colateral á la capilla de la Concepción, una ventana ojiva en la fachada principal y una tapiada puerta en el flanco izquierdo, levantada como dos varas sobre el actual nivel de la calle, cuyo triple arquivolto de medio punto sostenido por columnas bizantinas guarnecen trepados iguales á los de la puerta del Obispo

en la catedral; á su lado se reconoce una galería también cerrada. La nave se reconstruyó en el postrer período del arte gótico, según denotan las bóvedas de crucería, las ventanas, los pilares cilíndricos en que apoyan los rebajados arcos; y lo corta que se quedó respecto de su anchura hace presumir que no llegó á su complemento. En 26 de Mayo de 1496, dice la inscripción, se elevaron los cuerpos de San Ildefonso y de San Atilano encima del arco que cortando á media altura la ojiva de la capilla mayor sirve de dosel al retablo; pero las estatuas y adornos de aquella portada, y el tabernáculo que cobija las dos urnas, corresponden á época más reciente y más desgraciada para el buen gusto, al siglo XVII. Esta segunda renovación no perdonó los portales ni la cuadrada torre; quitó del medio de la nave las antiguas sepulturas (1), y en las paredes y cimborio de una capilla colateral á la sacristía hizo alarde de barrocos caprichos.

No de ahora sino de siete siglos atrás lleva el dictado de Nueva la parroquia de Santa María, llamada de la Abadía por otro nombre como regida un tiempo por abades (2). Sin duda alcanzaron á ver la furiosa sedición y terrible incendio de 1158 aquella puerta lateral de leve herradura y aquel torneado ábside revestido por fuera de arcos semicirculares, de columnas

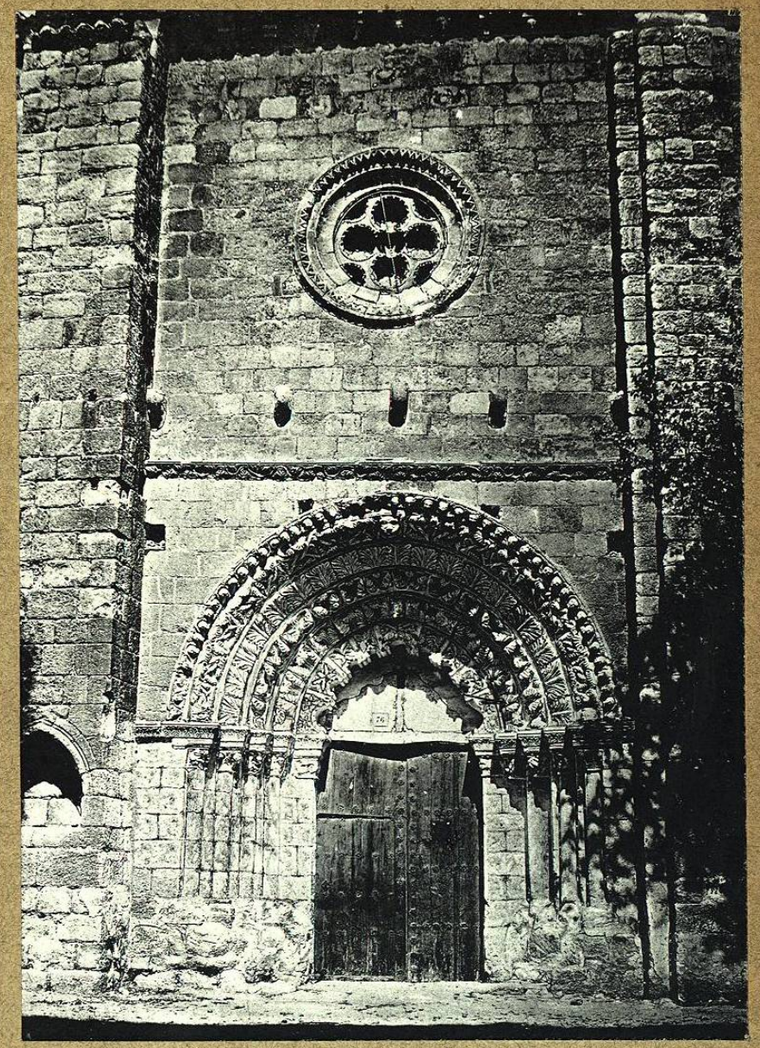
(1) Empotrada de plano en la pared izquierda se ve una grande y tosca estatua de largo cuello, con espada y ropa talar, cuyo epitafio dice: *Obiit famulus Dei Petrus de Mera pater Fernandi 1370 annos: propter tumuli impedimentum translatum fuit corpus de medio majoris capelle ubi jacebat.* Enfrente hay otro bulto semejante con este letrero: «Aquí yacen los onrados caballeros Juan y Antonio de Aspariegos año de 1407.» Más reciente aunque todavía ojival es otro entierro á la entrada de la sacristía con dos estatuas, la del padre de relieve entero y arrodillada en el fondo del nicho, la del hijo tendida y vistiendo armadura con gorra en la cabeza y el casco á los piés; debajo se lee en caracteres góticos: «Aquí yacen los onrados cavalleros P. de Ayala el qual fundó esta capilla, e Juan de Ayala de Niella su hijo, el que dexó en esta capilla perpetuamente la misa que se dize á las X e XI oras, e dexó mas su azienda al ospital de Sant Elifonso para curar los pobres, falleció á XXV de abril año de MDXXX años.» La adornada capilla de enfrente, contiene á cada lado dos hornacinas con pilastras y frontispicio y efigies de rodillas.

(2) En 1200 lo era Romano, del cual hemos visto una concordia con Pedro, abad del monasterio de Peleas que se llamó después Valparaíso.

exentas y de molduras ajedrezadas; y todavía se muestra el agujero por donde se dice salió la Hostia trasladándose portentosamente á otra iglesia contigua (1). La desmochada torre asienta á los piés del edificio sobre una capilla, y á un lado de ella se observa otra puerta macizada y una ventana bizantina. El interior del templo cubierto de apuntadas bóvedas disimula con el moderno revoque su antigüedad, si bien conserva un armario destinado á archivo de la hermandad de los nobles, y una vetusta pila bautismal esculpida al rededor con figuras en sendos nichos.

¿Dónde hallar en el género románico una joya más brillante y completa que la Magdalena de Zamora, y que en su extraño lujo semi-oriental mejor revele el carácter de las obras de los templarios? Fuélo en realidad, como dependiente de otra parroquia que en la misma ciudad poseían titulada Santa María de Horta y que á pesar de ser la matriz dista mucho de presentar igual magnificencia. Aislada del caserío, rodeada de espacio y desahogo, luce por todos lados la Magdalena sus robustos contrafuertes, sus ricos y variados canecillos, sus ventanas de medio punto partidas muchas por un grueso pilar en dos ojivas, sus claraboyas bordadas de calados círculos, á su cabecera el gallardo ábside con todas las galas de aquel estilo, á sus piés la ancha torre truncada como tantas otras, con una antigua espadaña. Tapiado el portal derecho hacia el paseo de San Martín, sólo le queda el izquierdo, ante el cual se detiene el viajero sorprendido al cruzar la transitada plazuela, porque en verdad son de admirar los preciosos capiteles de sus ocho columnas y las bellísimas hojas primorosamente plegadas y entretejidas que festonean sus cuatro arcos decrecentes, desde el mayor sembrado de cabecitas hasta el último angrelado y cu-

(1) Era ésta se dice la parroquial de San Martín donde estaban antes las Dueñas, pero la fundación de ellas es casi un siglo posterior á dicho suceso. Según otra versión no se movió la Hostia de aquel rincón adonde no llegaron las llamas. Véase atrás, pág. 554.



Iglesia de la Magdalena

bierto de florones. Una cornisa de delicado follaje ciñe esta portada, florida y risueña, si no le imprimiesen cierta melancólica gravedad cuatro lucillos sepulcrales abiertos á su lado.

Las columnitas arrimadas á los muros indican que la nave de la Magdalena tuvo bóvedas en vez de su actual techumbre de madera. Á la capilla mayor alta y estrecha introducen sucesivamente dos arcos, el primero ligeramente apuntado y sostenido por columnas, el segundo semicircular y aun algo reentrante que descansa sobre cuadrados pilares fasciculados, mostrando una claraboya encima de su clave y un letrero al rededor del arquivolto (1); pero esta inscripción, referente al patronato y al fallecimiento de una noble dama en el siglo XV, es muy posterior á la construcción del ábside puramente bizantino. En los entrepaños de las columnas, que suben á recibir las aristas del cascarón, hay suntuosas ventanas cegadas en el día y debajo de ellas ciertos nichos, uno de ellos más pequeño y orlado de arabescos á la parte de la epístola destinado al parecer para las vinajeras: hasta el barroco retablo se esfuerza en tomar allí aires de gentileza y cuida de no ocultar las elegantes formas de la arquitectura. La nave no contiene más capillas que dos arcos de medio punto que avanzan á los lados de la mayor, cuyas columnas han desaparecido, excepto dos estriadas en espiral, dejando sólo los capiteles y ricas impostas; encima tal vez existieron tribunas. Á la parte del evangelio sigue más abajo un magnífico sepulcro, sobre el cual levantan una especie de pabellón cinco columnas también estriadas, notable por los fantásticos grupos de esfinges y dragones esculpidos en sus capiteles y trebolada arquería, y por la corona de aspilleradas torres en que remata. En la cubierta del féretro se advierte una labrada cruz, en el fondo una tosca estatua de pequeñas dimensiones,

(1) Está en caracteres floreados y dice así: «Esta capilla es del noble cavallero don Juan de Acuña que Dios aya e de la señora doña Marina Enriques su muger e los que dellos descendieren, la qual dotó dicha señora e despues del señor morió último dia de marzo de mil CCCCLXXX.»

cubierta de armadura y tendida en el lecho funeral, cuya alma figura más arriba llevada por dos ángeles y acompañada de otros dos que agitan incensarios; pero ni la fecha de este mausoleo, probablemente del siglo XIII, ni el nombre del difunto, templario tal vez, aparecen en parte alguna de la obra.

Aunque no con tanto esplendor, en las demás parroquias hallaremos marcada la misma fusión bizantino-gótica, sin atrevernos á decidir cuál de los dos géneros predomina. En el exterior de San Isidoro cercana á la catedral se combina el portal apuntado con la ventana semicircular. En la fachada principal de San Juan vemos asomar por cima de la moderna portada una grande ojiva con diversas molduras, mientras que en la puerta lateral el profundo arco de plena cimbra tachonado de gruesos florones gravita sobre grupos de columnas cuyos fustes se entortijan ó forman curiosas trenzas: la iglesia consta de tres naves iguales en altura sostenidas por anchos arcos bocelados, y la capilla mayor y sus colaterales llevan bóvedas de crucería. Asiéntase dicha parroquia junto á la plaza donde existía en el siglo XII la puerta *Nueva* del anterior recinto; y en su antigua torre cubierta con una aguja de pizarra están el reloj de la ciudad y una veleta en forma de jinete armado, calada la visera y tremolando la enseña vencedora; denomínala el pueblo *Pero Mato,* estableciendo entre él y la *Gobierna* del puente relaciones misteriosas (1). El concierto formado por la campana del reloj y por la de la *Queda* era en las grandes fiestas uno de los característicos regocijos, que dió margen al proverbio: *reloj y campana—fiesta Zamorana.*

La unidad arquitectónica de la torre de San Juan debió de

(1) La actual figura, prescindiendo de si hubo otra anterior, parece datar del 1642 y que su autor fué el rejero Pedro de Sepúlveda; en 1686 se le aplicaba ya el mote de Pero Mato, en cuya etimología tanta erudición se ha consumido. Apellido fué en los siglos XVI y XVII de familia no oscura, así en Zamora como en otras poblaciones; y las *Memorias* del Sr. Fernández Duro reproducen la historia de un médico de Córdoba así llamado, que lo fué *de su honra* dando muerte á su mujer.

sufrir naturalmente con la colocación del reloj y con las mudanzas y frecuentes reparaciones á que ha dado margen; no así la de San Vicente, que se levanta con severa majestad, abriendo por sus cuatro lados tres órdenes de ojivas con anchos marcos de molduras, y no la desdora su chapitel aunque moderno: el portal románico, no bien acorde con el interior del templo, rivaliza con el de la Magdalena y lo vence quizá en la incomparable gracia de los follajes que engalanan sus capiteles y dovelas.

Renovada toda menos en el gótico ingreso se presenta San Bartolomé, humilde y techada de madera San Antolín, entrambas muy reducidas; pero la capilla mayor de la segunda construída según el estilo del siglo XV encierra una imagen de nuestra Señora, que se dice aparecida al rey Sancho el Mayor en la cueva del santo patrono de Palencia, y traída por los palentinos en el año 1062 para defender á Zamora de cierta embestida de los sarracenos en virtud de la hermandad que tenían las dos ciudades; uno y otro hecho á cual más dudoso están representados en pintura. La efigie dista de parecer antigua, y opinamos que su historia se confunde con la de la Virgen de la Iniesta, depositada en aquella parroquia ínterin que Sancho IV le hacía fabricar un templo en el lugar de su aparición. Cerca de San Antolín ofrece San Esteban sus dos portadas laterales de carácter bizantino y su exterior flanqueado de machones y ceñido de canecillos: en vez de formar ábside la capilla mayor lleva á su espalda una bella ventana de medio punto, pero la nave de bajas ojivas nada contiene de notable sino la lápida que en 1305 hizo poner á su madre un obispo de Ciudad Rodrigo (1).

San Andrés es una excepción del tipo general de sus compañeras; pertenece á la época del renacimiento, y ostenta en las enjutas de su puerta dos medallones de San Pedro y San

(1) *Era MCCCXLIII,* dice, *V kls. aug. reverendissimus pater dnus. Alfonsus eps. Civitatensis fecit hic transferri corpus matris sue dompne Marie cujus anima requiescat in pace amen.*

Pablo y en el nicho superior la estatua de su titular. Su despejada nave, cubierta de labrado maderaje de dos vertientes y sostenido á trechos por arcos que cargan sobre cilíndricos pilares, al llegar á los dos tercios de su longitud se divide en dos, abovedadas de profusa crucería y alumbradas por ventanas gemelas del gusto que apellidamos gótico moderno. De aquí resultan dos capillas mayores que se comunican por un arco; en la izquierda campea un retablo de buen efecto á pesar de su degenerada arquitectura, en cuyos tres cuerpos están repartidos los doce apóstoles, ocupando los compartimientos centrales la Virgen, el Salvador y el grupo del Calvario. Pero el mejor ornamento de la capilla es un sepulcro de alabastro, cuajado de menudos follajes y figuras y labores plateresca en sus pedestales, enjutas y friso, decorado de columnas corintias á los lados de la hornacina, y en el segundo cuerpo con un busto de San Jerónimo y dos bellas estatuas de ancianos desnudos sentados sobre un roto frontispicio. Hízolo construir para sí Antonio de Sotelo, reedificador de la iglesia, cuya efigie en traje de caballero armado aparece de rodillas dentro del nicho con el casco y manoplas en el suelo, y rodeóse de los restos de sus mayores removidos de sus antiguas tumbas y representados en otros bultos de relieve (1). La capilla derecha dedicada á San Andrés tiene en el muro opuesto un panteón que se propone imitar en madera y con menos primor y ornato la traza del que acabamos de describir: yacen allí los obispos D. Francisco y D. José Zapata tío y sobrino, y el primero es el que figura arrodillado,

(1) Unos figuran á Pedro y Lope de Sotelo, abuelo y padre del fundador, fallecido aquél en 1447 y éste en 1514, trasladados, dice el letrero, desde la antigua capilla mayor con sus mujeres y pasados; otros á Bernardo su hermano comendador de San Juan que murió en 1567, y á Pedro caballero de la misma orden hijo de Gregorio y de D.ª Antonia de Mella, primeros patronos de la capilla que acabó sus días en 1581. En el sepulcro del fundador se lee: «El honrado cavallero Antonio de Sotelo fundó y dotó esta capilla y reedificó esta iglesia á honra y gloria de Dios nuestro Señor, mandóse enterrar en este sepulcro, falleció á 14 de enero de 1548.»

coloridas las ropas y el semblante (1). Protectores decididos de los jesuítas, diéronles aquella iglesia que poseyó la Compañía durante medio siglo, hasta que con la supresión del instituto volvió á ser parroquia y fué destinado á seminario conciliar su espacioso colegio que goza de vistas dilatadas.

En la misma altura de San Andrés eleva San Cipriano su torre de ventanas ojivales, como ojivales son sus bóvedas y la angosta entrada del presbiterio bien que apoyada en románicos capiteles: indicio de fábrica más antigua son cuatro piedras esculpidas, engastadas en la torre, quizá procedentes del pórtico primitivo (2). La antigua cerca que por debajo corría, dejaba fuera distintas parroquias asentadas en las vertientes hacia el río en medio de los barrios del sudeste. La que menos interés ofrece por lo renovada es Santa Lucía, pero lo despiertan el portal y la torre bizantina de San Leonardo, cuyo agudo chapitel de pizarra recuerda el de la antigua Valladolid; su capilla mayor, desdeñando el enmaderado techo de la pobre nave, se engalanó posteriormente con estrella de crucería. Para llamar la atención hacia Santa María de Horta basta decir que perteneció á los templarios, pasando, no sabemos cómo, mucho antes de su trágica extinción, á la orden del Hospital (3). Aunque inferior en suntuosidad á su aneja la Magdalena, según ya observamos, no desmerecen del ilustre recuerdo de sus patronos la adusta torre colocada sobre el pórtico, la severa puerta

(1) El tarjetón contiene el siguiente epitafio: *Hic jacet illmus. D. D. Franciscus Zapata Vera et Morales eps. Zamorensis, et ad ejus pedes sepultus yacet etiam illmus. nepos et sucessor D. D. Josephus Zapata, uterque domum istam Soc. Jes. erexere, magnifice dotarunt et templum exornarunt. Obiit ille XIV jan. MDCCXX, iste III ejusdem MDCCXXVII.*

(2) Una de sus capillas en un arco apuntado encierra la sepultura de Cristóbal González de Fermosel, gentil hombre del rey D. Felipe (no expresa cuál, pero sería probablemente el I), que fundó las misas de diez y once.

(3) Poseíala esta, no solamente antes de 1282 según el convenio que hizo con el obispo y cabildo acerca de dicha parroquia, sino ya en 1246, como se desprende del siguiente epitafio que hay en la sala capitular de que hablaremos más adelante: *Hic jacet Dominicus Petri alumpnus Hospitalis presbiter..... sub era MCCLXXXIIII.*